

Sal y pimienta

Como número sugestivo, por su lectura chispeante y amena, y sus grabados artísticos, se recomienda **La Sacta** de la presente semana.

❖ **PIRIPITIPÍ** ❖ SEMANARIO FESTIVO ❖

Redacción y Administración: Provenza, 266, bajos - Barcelona

IMPRENTA DE ANTONIO VIRGLI EN COMANDITA — ROSELLÓN, 106



**SEMÁNARIO FESTIVO**

DOMINÓ DE PIRIPITIPÍ



EL TRES DOBLE

Precio: **5** cents.



## La elección del marqués

USCANDO aventuras galantes, salió una tarde á paseo el marquesito de Aguas Templadas.

Y ya se sabe, al salir de casa con ese ánimo, no es difícil tropezar con lo que se pretende.

Así le ocurrió al marqués.

No hacía diez minutos que estaba en la calle cuando vió á lo lejos un par de mujeres de primer orden.

—Mías son,—se dijo para sus adentros el terrible conquistador.

Y contoneando su talle con aire garboso, procuró aligerar el paso.

Las jóvenes á quienes había puesto la proa el de Aguas Templadas, notaron la evolución y se dispusieron al ataque.

—Me parece que viene por ti,—dijo una.

—Y yo creo lo contrario,—añadió la otra.

—Son ustedes un lindo par de capullos del rosal de mis amores,—exclamó el marqués, presentandose.

—Es usted muy amable,—dijo Luisa, que era la más cursi de las dos.

—Soy un simple jardinero que goza regando con amor las flores tan bellas como ustedes.

—¡Qué bien habla, y qué figuras hace!—siguió Luisa al oído de su amiga.

En efecto, el marqués hacía unas figuras muy raras con el cuerpo.

—¿Seré tan afortunado que me permitan ustedes acompañarlas?—continuó el marqués.

—Por mí no hay inconveniente,—exclamó Leonor,—siempre que deje la regadera para otra ocasión.

—¡Magnífico! ¡Es usted tan amable como picaresca! ¿Quieren ustedes tomar algo?

—¡Gracias caballero, es demasiado pronto!

—Las tres de la tarde.

—Quiero decir que anda usted muy ligero en asuntos... vamos...

—Sí, en asuntos de amor.

—Justo.

—Pues bien: ¿A qué negarlo? Son ustedes dos...

—Sí, dos capullos; ya lo ha dicho antes.

—¿Y bien?

—Pues hombre, que *somos dos*.

—Comprendo.

—Entonces ya sabe lo que le toca hacer.

—Claro, elegir.

Las dos jóvenes se pusieron como guindas de encarnadas y bajaron los ojos por hacer algo.

El marqués hizo un molinete con el bastón, se calzó bien los quevedos y dirigiéndose á Luisa, exclamó:

—Aquí tiene usted a este jardinero dispuesto á cuidarla como la planta más delicada.

Luisa miró al marqués y después á su amiga, diciendo:

—¿No será esto un desprecio para Leonor?

El de Aguas Templadas, miró con picardía á la compañera de Luisa y al falderillo que llevaba al lado y exclamó:

—Usted iba sola... en cambio á su amiga no le falta compañero.

Leonor se sonrojó más que nunca y mientras el marqués y Luisa se alejaban cogidos del brazo, *Jazminito* le lamía la mano...

PIRIPITIPÍ





## Horóscopo

Tu amor está en la luna,—me dijo el horóscopo.

Y como yo soy algo supersticioso, me dediqué á observar el astro de la noche, ansioso de descubrir la verdad.

Al principio me cansé de estar con el cuello torcido horas enteras sin descubrir nada agradable en el *argentado broche*: pero sea por la fe que abrigaba ó debido á una fantasía de mi imaginación, es lo cierto que á las dos ó tres noches de observar, vi una lindísima figura de mujer recostada artísticamente sobre la luna creciente.

El fondo azul obscuro salpicado de brillantes estrellas, hacía resaltar más la peregrina belleza de mi amor.

Porque aquél era, no me cabía duda, después de hármelo asegurado la gitana.

Mas, ¿qué hacer? Si ella no bajaba, lo cual no parecía fácil, yo tampoco podía llegar hasta ella.

¡Maldito horóscopo!

Tontuna y grande les parecerá á ustedes esto; pero llegó á preocuparme bastante, hasta que una noche llegué á solucionar el problema.

Estaba yo en un teatro, pensando en mi visión fantástica, cuando llegó hasta mí la siguiente exclamación:

—¡Chico, valiente luna!

Esta inesperada frase me hizo dar un salto en mi asiento, é instintivamente volví la cabeza, viendo á dos jóvenes de buen humor que señalaban la lustrosa calva ó *luna llena* de un señor que tenía delante.

Aquello me pareció un aviso de la endiablada gitana, como para recordarme siempre mi visión.

Junto á él se encontraba su esposa, y tan bella me pareció, que me quedé embelesado mirándola.

Ella también me miró, y no debí parecerle mal, porque se sonrojó toda y me hizo una seña con el rabillo del ojo.

La *luna* seguía á su lado brillando con siniestros resplandores.

Total, que al cabo de una semana, ya se la pegábamos al marido, aprovechando el momento en que dejaba sola á su esposa. A estos ratos de amor les llamábamos *eclipses*.

Ya ven ustedes como no se equivocó el horóscopo.

Mi amor estaba en la luna.

SALUD SALÓN



## Confesión

LA joven Susana, llegó al templo más temprano que de ordinario.

Se arrodilló frente al altar de San Antonio y después de una sentida plegaria, hizo un detenido examen de conciencia. No tardó en arrodillarse junto á un confesonario, donde se dispuso á descargar su alma de pecados.



Parecía mentira que con aquel rostro de virgen tuviese culpas que lavar; pero así era y no tendría pocas, cuando suspirando y poniéndose más encendida que una amapola, comenzó su confesión de este modo:

—¡Ay, padre!

—¡Ay, hija!—contestó el cura desde el interior del confesonario.

—Soy una pecadora arrepentida que viene por vuestro santo perdón.

—La clemencia de Dios es infinita. Habla.

—¡Ay, padre!

—¡Ay, hija! No te quejes más y vamos al grano.

—Pues bien, me acuso de que una tarde me vi perseguida por un hombre que me propuso ser mi esposo; y yo, que no deseaba otra cosa, le

di el sí, aguijoneada por las flechas de Cupido que nos seguía de cerca. Después supe que mi prometido no tenía capital y falté á mi palabra casándome con un viejo adinerado, el cual me prometió vestir siempre de frac y chistera.

—¿No es más que eso, hija mía?

—¡Ay, padre! Aun hay más. Como yo no quería al viejo, me acordaba mucho de mi primer amor y suspiraba por él, deseando verle á mi lado.

—¡Malo, malo, malo!...

—Precisamente el día de la boda me encontraba en mi gabinete preparándome para tomar un baño en agua de rosas, cuando mi doncella se presentó, entregándome una carta. Era de Plácido, del novio que dejé con dos palmos de narices. Rompí el sobre y comencé á leer, sin cuidarme de tapar mis desnudeces.

—¡Ay, hija!...

—¡Ay, padre!

—¿Y la carta era pecaminosa?

—No lo sé, padre, pero yo enloquecí en un momento al saber el muchísimo amor que me tenía y el sufrimiento que le mataba en vista de mi cruel desvío. ¿Qué hacer? En la carta me pedía una entrevista por el amor de Dios, quizá la última, puesto que al día siguiente partía en un vapor á la América del Norte.

—Pero tú no accederías á sus pretensiones.

—¡Ay, padre!

—¡Ay, hija! Preveo un final desastroso.

—Así tué, en efecto. Medio loca por las frases de su apasionada carta, llamé á la doncella, diciéndole que condujera á Plácido hasta mi presencia sin que se enterase nadie, y al cabo de media hora nos confundimos en un estrecho abrazo.

—Supongo... que ya estarías vestida.

—¡Ay, padre!

—¡Ay, cuerno! Esto ya va siendo demasiado.



—Ya he dicho que estaba enloquecida y á una pobre demente se le puede perdonar todo.  
—Continúa.

—Lo que pasó después no acierto á explicarlo: él más loco que yo, si cabe, me devoraba con su ardiente mirada, su boca se juntó con la mía, sus brazos temblorosos rodaron mi talle. ¡Ay, padre! ¿Qué hubiera usted hecho en mi caso?

—¡Ay, hija! No preguntes majaderías y sigue.

Una nube espesa cubrió mis ojos, me agité violentamente y caí sin sentido sobre un mueble próximo.

—Eso es terrible.

—Mucho, padre, mucho. Después me entregué á mi esposo, engañándole como a un chino.

—¡Pobre marido!

—Pero no es eso lo peor.

—¿Aun hay más?

—Sí, padre. Aquella misma noche, pretextando una indisposición repentina, me retiré á mi habitación donde me esperaba Plácido más loco que nunca.

—¿Y tú?

—Yo más loca que él.

—¡Atiza!

—¡Ay, padre! La noche pasó como un relámpago. Pero al día siguiente, al recibir sobre mi frente el puro fresco de la mañana, me arrepentí de todo y aquí estoy dispuesta á que me lavéis mis culpas.

—¡A buena hora!

—Aun es tiempo, padre mío.

—¿Y tu pobre esposo?

—No existe.

—¿Cómo? ¿Habrá muerto del disgusto quizá?

—No, padre.

—¿Y tu amante? Ese sí debe vivir, por aquello de que todos los pillos tienen suerte.

—Tampoco existe.

—Pues, hija, ni la funeraria...

—Todo cuanto he dicho lo soñé anoche y creyéndome en pecado mortal, he venido á confesarme, porque temo estar empecatada y llena de diablos por dentro.

—¿Conque todo ese lío ha sido un sueño?— murmuró el cura con visibles muestras de mal humor.

—Sí, padre. ¿Mereceré vuestra absolución?

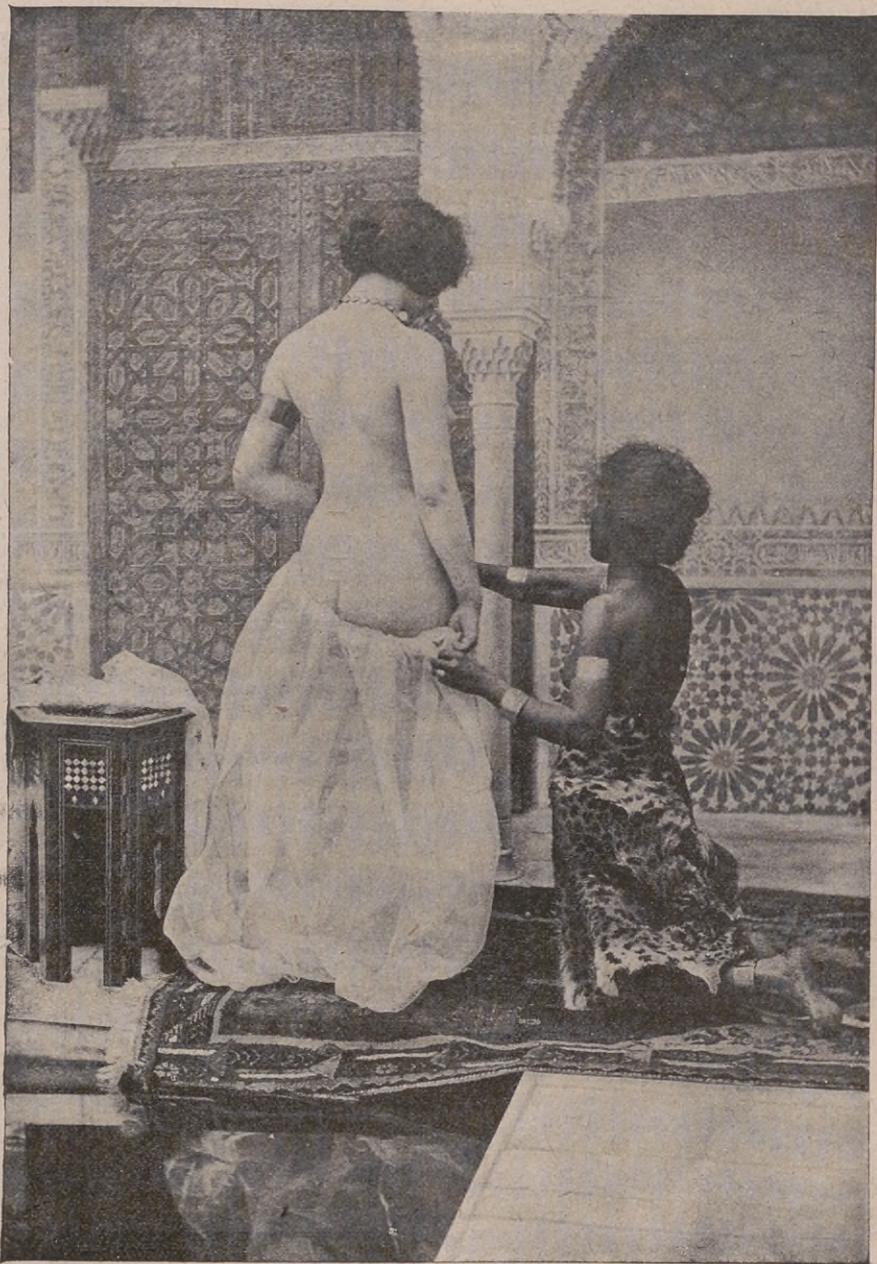
—¡Ya lo creo! Si por soñar fuera, ni con toda el agua del mar podríamos lavar nuestros pecadillos.

Y dando á la joven un cariñoso tironcito de orejas, continuó:

—Anda, hija, y reza una salve á la virgen para que te evite esos sueños, mientras yo rezo un credo para no soñar contigo.

JOAQUÍN ARQUES





La favorita se va á bañar; pero antes goza lo indecible viéndose tan blanca al lado de la negra.  
Esta siente celos y la maldice para sus adentros.



Y cuando la bella mora va á zambullirse en el agua, la infame negra piensa en Judea y en su betún; pero después exclama, siempre para sus adentros:  
—¡Tinta de copiar se había de volver el agua!

### Cañitas

Tengo fatigada el alma,  
y sólo un querer muy grande  
ha de poder despartirla.



Dando vueltas, dando vueltas  
nos pusimos frente á frente,  
nos miramos, nos reimos  
y seguimos la corriente.



Hoy se ha extrañado la gente  
porque me ha visto de luto,  
y es que la gente no sabe  
las fatigas que yo sufro.



No podemos ser felices.  
Nuestras almas son gemelas,  
y has de hacer traición al *otro*  
y he de hacer traición á *ella*.

---

---

### Física recreativa



Un péñ... dulo

### Arquitectura



Arco gótico

---

---

Hago callar la razón  
si la voluntad se impone,  
y después me quejo y digo:  
—¡La desgracia de los hombres!



Hago examen de conciencia,  
en seguida observo á todos...  
y no encuentro diferencia.



En el fondo de mi alma  
están repicando á Gloria,  
y han causado mi alegría  
las palabras de tu boca.



Hay quien se dice «mi amigo»,  
y no entiende la mitad  
de las cosas que le digo.



Una vez la Voluntad,  
se encontró con el Destino  
y riñeron. Desde entonces  
siguen contrarios caminos.



Mira que suerte la mía,  
echo mis coplas al viento,  
y el viento me las devuelve  
con el calor de sus besos.

J. ENRIQUE DOTRES

**Mercado de mujeres**

**J**ULIO y Ricardo se encuentran en la calle al cabo de haber estado algunos años sin verse.

—¡Julio!—grita Ricardo cayendo en los brazos de su amigo.

—¡Ricardo!—exclama éste apretando de veras.

Y los amigos se contemplan algunos momentos, al cabo de los cuales pregunta el primero:

—¿Pero dónde diablos has estado metido?

—Muy lejos de aquí, en un pueblo originalísimo de la América del Norte.

—Pues yo no he salido de Barcelona.

—Te felicito.

—¿Tan mal te ha ido?

—Hombre, te diré. Aquello es un país excepcional, donde la mujer juega un papel importantísimo en los mercados.

—¿Lo mismo que aquí las verduleras?

—Aquello es muy distinto. Plazas, calles, paseos, teatros, todos son mercados.

—¡Caramba!

—Y de tal modo esta arreglada la cosa, que sin temor de sufrir una equivocación, te puedes dirigir á cualquier mujer, sabiendo de antemano dónde te metes.

—Chico, eso es portentoso.

—Cada hija de Eva lleva sobre el pecho un cartelito que dice: *Se vende, Se alquila, Se presta ó se traslada*. ¡Cálculate á mí con esas! Lo primero que hice fué alquilar

una rubia, mediante el pago de un mes de fianza, que lo hice efectivo en el municipio.

—¿Y allí te entregarían las llaves del piso?—interrumpe Ricardo soltando una carcajada.

—No, allí me dieron un pliego de condiciones, tan extravagantes, que á los dos ó tres días abandoné la finca.

—Bien hecho.

—Después conocí á un francés que viajaba navajas de afeitar, y esto que era todo un cumplido caballero, me prestó una morena de rechupete. Con ésta pasé una semana en continua juerga, hasta que tuve que prestársela á otro individuo, cumpliendo así lo mandado por aquel código de comercio.

—Chico, es maravilloso todo eso que cuentas.

—Pero lo peor del asunto, es lo último que me pasó y por lo que no pienso volver. Aburrido ya de aquel jaleo trepecé en mi camino con una chica tan bella como modesta. Le miré el cartel y lei:

SE VENDE

—¿Y la compraste?

—Claro; me sobraba el dinero y muy pronto formalicé el negocio con sus dueños.

—¿Y bien?

—Pues nada, que el pez me salió rana. Me resultó celosa, tonta, cargante y la mar de gastosa. hasta el punto de darme cuatro ó cinco disgustos cada día.

—¿Y qué has hecho?

—Verás, una noche la llevé al teatro más concurrido, allí noté que la miraba mucho un inglés, me acerqué á él, se la ofrecía perdiendo un cinco por ciento pagándome al contado y aquella misma noche cerramos el trato, saliendo yo escapado el día siguiente para mi tierra. ¿Qué te parece?

Ricardo reflexiona un momento y alargándole á su amigo la mano, exclama:

—¿Quieres algo para esa tierra?

—¿Cómo?

—Mañana me voy con mi mujer.

MORÓN



### Un chasco



Era domingo,  
la vió en paseo,  
y de seguirla  
ardió en deseos.



Pero más tarde  
la vió en su casa,  
y no era otra  
que la criada.

### Lectura interesante



*Posdata:* No se me olvida el encarguito, y sobre todo, te adelanto, que el brazalette pesa medio kilo.



En un precioso álbum de mujeres célebres por su belleza, se encuentra la que ilustra esta página con la siguiente nota al pie:

«Nació en París, se crió en Nápoles, la educaron en Londres, debutó como cantante en Rusia, le cayó la lotería en Hamburgo, se casó en España; y se la pegó al marido en tales partes.»